

FUENTES

SELECCIONES DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE DOROTEO DE GAZA⁶

*Introducción*⁷

Oriundo de Antioquía y proveniente de una familia acomodada, Doroteo había recibido una buena educación y una sólida formación humana y cristiana.

Al sur de Palestina, en los alrededores del pueblo de Gaza había muchos monasterios, entre ellos, el del abad Seridos, fundado a fines del siglo V. Durante la primera mitad del siglo VI vivieron allí como reclusos Barsanufio llamado “el gran anciano” y Juan llamado “el profeta”.

Desde su llegada al monasterio de Seridos, Doroteo se puso bajo la dirección de Barsanufio y Juan, y gracias a la correspondencia con los dos reclusos podemos seguirle durante su noviciado, en tentaciones, dificultades y pruebas diversas que le procuraron una excepcional madurez y pronto hicieron de él un consejero espiritual estimado y apreciado por sus hermanos.

Simultáneamente ejerció los cargos de portero, hospedero y enfermero. En el ejercicio de estas funciones múltiples y absorbentes, Doroteo se manifestó como monje ejemplar y fiel discípulo de sus padres.

A la muerte de sus ancianos fundó un monasterio entre Gaza y Maïoumas del que fue *higumeno*. Es allí donde dio a los monjes sus sabias Instrucciones.

Para Doroteo no existe una espiritualidad monástica distinta de una espiritualidad cristiana: la custodia de los “santos mandamientos” acabarán la obra del bautismo. La causa profunda del pecado es el orgullo y el único camino liberador, la humildad de corazón manifestada en la desconfianza del propio juicio. El combate de las pasiones por medio del cumplimiento de los mandamientos está orientado hacia la *apatheia*. Sigue pues la línea de la tradición monástica tanto de san Antonio como de san Pacomio. “Permanecer libre de preocupaciones para estar libres para Dios”, tal es el ideal que Doroteo fue a buscar al monasterio del abad Seridos y que él mismo propuso a sus monjes.

Después de algunas decenas de ediciones muy defectuosas aparecidas a partir del siglo XVI, *Sources chrétiennes* (n. 92, 1963) presenta finalmente un texto satisfactorio con una traducción francesa, notas abundantes y una larga introducción donde podrán encontrarse todas las indicaciones biográficas y bibliográficas sobre el autor y su obra. Se puede consultar igualmente los artículos dedicados a Doroteo en el *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques* y en el *Dictionnaire de Spiritualité*. Llamamos la atención sobre el testimonio del culto rendido a Doroteo en Jerusalén en el s. XI, señalado recientemente por G. Garitte en la *Revue d'Histoire ecclésiastique*, 1965, pp. 287-288 (cf. *Muséon*, t. LXXVIII, 1964, pp. 43 y 55).

La obra completa de Doroteo comprende diecisiete instrucciones, seis cartas y dieciocho sentencias. En *Cuadernos Monásticos* N° 10, p. 105, el P. Mauro Matthei publicó, con una breve introducción, dos de las cartas, traducidas por Néstor A. Valencia, osb: *Carta a los kiliastas acerca de las visitas y Carta a los prepósitos del monasterio y a sus discípulos*. *Sources chrétiennes* ha publicado recientemente la obra completa. De esta edición están tomados los extractos, que damos aquí, de las Instrucciones y de las Cartas, y que presentamos en forma sistemática para destacar las líneas

⁶ Traducción basada en la versión de L. REGNAULT, osb.

⁷ Datos extractados de *Théologie de la vie monastique*, Aubier 1961, p. 315, y de *Maîtres spirituels au désert de Gaza*, L. REGNAULT, osb, Solesmes 1967, pp. 24 y 263.

directrices y los elementos esenciales de la doctrina.

Para mostrar mejor el carácter simple y auténticamente cristiano de esta enseñanza, hemos dejado para una última sección algunos pasajes que conciernen sólo a la vida monástica, aunque es preciso no olvidar que toda la obra está primeramente destinada a los monjes.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE DOROTEO

I. Las bases de la ascesis cristiana

El primer pecado y sus consecuencias

Cuando en el principio Dios creó al hombre, “lo colocó en el Paraíso”, como dice la Escritura (*Gn 2,15*), después de haberlo dotado de toda virtud y de haberle dado el precepto de no comer del árbol que se encontraba en medio del Paraíso (*Gn 2,16-17*). Y el hombre vivió en las delicias del Paraíso, en la plegaria y la contemplación, colmado de gloria y de honor, poseyendo la integridad de sus facultades, en el estado natural en que había sido creado. Porque Dios hizo al hombre a su imagen (*Gn 1,27*), es decir inmortal, libre y revestido de toda virtud. Pero, cuando transgredió el precepto y comió del árbol del cual Dios le había prohibido comer, fue arrojado del Paraíso (cf. *Gn 3,23*). Derribado de su estado natural, se encontró en un estado contrario a su naturaleza, es decir en el pecado, en el amor a la gloria, encadenado al placer de esta vida y en las otras pasiones que lo dominaban y de las que se había hecho esclavo por causa de su transgresión. Desde entonces el mal aumentó progresivamente y “reinó la muerte” (*Rm 5,14*). En ningún sitio se rendía culto a Dios, por todas partes se lo ignoraba. Como lo han dicho los Padres, sólo algunos hombres, inspirados por la ley natural, conocieron a Dios: tales fueron Abrahán y los otros patriarcas, Noé y Job. Pocos y raros fueron los que conocieron a Dios. Entonces el enemigo desplegó toda su malicia y “reinó el pecado” (*Rm 5,21*). Aparecieron la idolatría, el politeísmo, la hechicería, los homicidios y los otros maleficios del diablo. Pero finalmente Dios tuvo piedad de su creatura y le dio por Moisés la ley escrita en la que se prohibían ciertas cosas y se prescribían otras: “Haced esto, no hagáis aquello”. Dio sus mandamientos y en seguida agregó: “El Señor tu Dios es el único Señor” (*Dt 6,4*) con el fin de desviar el politeísmo del espíritu de los Israelitas; después: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con todo tu corazón” (*Dt 6,5*). La Sagrada Escritura proclama por todas partes que Dios es único y que no existe ningún otro. Porque las palabras: “Amarás al Señor tu Dios ‘muestran que Él es el solo Dios y el solo Señor’”. También se lee en el Decálogo: “Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás. Te adherirás a Él y por su Nombre jurarás” (*Dt 6,13*) y: “No tendrás otros dioses ni te fabricarás imagen alguna de lo que está arriba en el cielo ni de lo que está abajo sobre la tierra” (*Dt 5,7-8*). Porque los hombres adoraban a todas las creaturas.

Entonces Dios dio la ley para socorrer, para convertir, para corregir el mal. No obstante el mal no fue corregido. Dios envió a los profetas, mas ellos mismos nada pudieron. Porque el mal prevaleció.

La obra liberadora de Cristo

Finalmente, en su bondad y su amor por los hombres, Dios envió a su Hijo único (cf. *Jn 3,16*), porque sólo Dios podía curar, vencer semejante mal... Entonces vino Nuestro Señor haciéndose hombre por nuestra causa «para curar -dice san Gregorio- lo semejante por lo semejante, el alma por el alma, la carne por la carne. Porque Él se hizo hombre en todo menos en el pecado. Tomó nuestro mismo ser, las primicias de nuestra naturaleza y se hizo un nuevo Adán “a imagen de aquel que lo creó”» (*Col 3,10*) restaurando el estado de naturaleza, devolviendo a las facultades la integridad primera. Como hombre renovó al hombre caído, lo libró de la esclavitud y del arrastre violento del pecado. Porque el hombre estaba tiránicamente constreñido y violentamente arrastrado por el enemigo y aquellos mismos que querían evitar el pecado estaban casi forzados a cometerlo. Como lo dijo san Pablo en nombre nuestro: “No puedo hacer el bien que quiero y cometo el mal que yo no quiero” (*Rm 7,19*).

Dios, hecho hombre por nosotros, libró al hombre de la tiranía del enemigo. Derribó todo su poder, quebró su misma fuerza, y nos sustrajo de su dominio y de su esclavitud con tal que no consintamos nosotros mismos en pecar. Porque nos ha dado, como nos lo ha dicho “poder para pisar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo” (Lc 10,19) purificándonos de toda falta por el santo bautismo. El santo bautismo, en efecto, remite y borra todo pecado. Además, conociendo nuestra debilidad y previendo que, aún después del santo bautismo cometeríamos pecados -¿no está acaso escrito: “El corazón del hombre está inclinado al mal desde su juventud” (Gn 8,21)?- Dios en su bondad, nos ha dado santos mandamientos para que nos purifiquen no solamente de nuestros pecados, sino aun de nuestras pasiones, de las malas disposiciones de nuestro hombre interior. El da a cada uno el discernimiento del bien y del mal, le hace tomar conciencia y le muestra las causas de su pecado. La ley dice: “No cometerás adulterio”; y yo te digo: “No tengas malos deseos” (Mt 5,27; cf. Ex 20,14). La Ley dice: “No matarás”, y yo te digo: “No te enojés” (Mt 5,21; Ex 20,13). Porque si tienes malos deseos aunque ahora no cometes adulterio, la concupiscencia no dejará de hostigarte interiormente hasta que termine arrastrándote al acto mismo. Si te irritas y te excitas contra tu hermano, llegará un momento en que te dejarás llevar a hablar mal de él, luego le tenderás emboscadas y poco a poco llegarás finalmente al homicidio.

También dice la ley: “Ojo por ojo y diente por diente” (Ex 20,7). Pero el Señor no solamente exhorta a recibir con paciencia el golpe de aquel que nos hiere, sino a presentar humildemente la otra mejilla (cf. Mt 5,38-39). Porque el fin de la Ley es enseñarnos a no hacer a otro lo que no queremos para nosotros mismos. Por el temor de sufrir ella nos impide hacer el mal. Pero lo que ahora se exige, lo repito, es rechazar el odio, el amor al placer, el amor a la vanagloria Y las otras pasiones. En una palabra, el designio de Cristo nuestro Maestro es precisamente enseñarnos cómo hemos llegado a cometer todos estos pecados y cómo hemos caído en todos estos malos días. Primeramente nos liberó por el santo bautismo, como ya lo he dicho, acordándonos el perdón de los pecados; después nos ha dado el poder de hacer el bien, si queremos, y de no ser arrastrados más, como por fuerza, hacia el mal. Porque los pecados oprimen y empujan a los hombres que han sojuzgado según la palabra: “Cada uno es atado por los lazos de su propia falta” (Pr 5,22). Después, por los santos mandamientos Cristo nos enseña cómo purificarnos aún de nuestras pasiones, a fin de que ellas no nos hagan volver a caer en los mismos pecados. En fin, Cristo nos hace ver la causa que nos lleva hasta el menosprecio y la transgresión de los preceptos de Dios; Él nos provee el remedio para que podamos obedecer y ser salvados.

La salvación por la humildad

¿Cuál es entonces el remedio y cuál la causa del menosprecio? Escuchad lo que dice Nuestro Señor mismo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas” (Mt 11,29). He aquí que brevemente, con una sola palabra, nos muestra la raíz y la causa de todos los males, con su remedio, fuente de todos los bienes; nos muestra que es la propia exaltación la que nos ha hecho caer, y que es imposible obtener misericordia si no es por la disposición contraria: la humildad. De hecho, la propia exaltación engendra el menosprecio y la funesta desobediencia, mientras que la humildad produce la obediencia y la salud de las almas; me refiero a la verdadera humildad, no al abajamiento en palabras y actitudes, sino a una disposición verdaderamente humilde, en lo íntimo del corazón y del espíritu.

Por eso el Señor dice: “que soy manso y humilde de corazón”.

Quien quiera encontrar verdadero reposo para su alma, aprenda, entonces, la humildad. ¡Pueda ver él que en ella se encuentra toda gloria y todo reposo, como en el orgullo se encuentra todo lo opuesto! Y, en efecto, ¿Cómo hemos llegado a todas estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en toda esta miseria? ¿No es acaso a causa de nuestro orgullo, a causa de nuestra locura? ¿No es por haber seguido nuestro mal propósito y por estar apegados a la amargura de nuestra voluntad? Pero, ¿por qué sucede esto? ¿No fue creado el hombre en la plenitud del bienestar, de la alegría, del reposo y de la gloria? ¿No estaba en el Paraíso? Se le prescribió: “No hagas esto”, y él lo hizo. ¿Véis el orgullo? ¿Véis la

arrogancia? ¿Véis la insubordinación? “El hombre está loco -dijo Dios, al ver esta insolencia-, no sabe ser feliz. Si no atraviesa días malos se perderá totalmente. Si no aprende lo que es la aflicción, nunca sabrá lo que es el reposo”. Entonces Dios le dio su merecido arrojándolo del Paraíso. Desde entonces quedó librado a su egoísmo y a su voluntad propia a fin de que en ellos se quebrasen sus huesos y aprendiera a seguir no su propio juicio sino el precepto de Dios. De este modo, la miseria de la desobediencia la enseñaría el reposo de la obediencia, según la palabra del profeta: “Tu rebelión te instruirá” (*Jr 2,19*).

Sin embargo, la bondad de Dios -como lo repito a menudo- no abandonó a su creatura, sino que volviéndose a ella la llamó nuevamente: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os daré descanso” (*Mt 11,28*). Es decir: He aquí que se os ve fatigados y desgraciados, habéis hecho la experiencia del mal de la desobediencia; convertíos reconociendo vuestra impotencia y vergüenza para volver al reposo y a la gloria. Vivid por la humildad, los que habéis muerto por el orgullo. “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas” (*Mt 11,29*).

¡Hermanos míos! ¿Qué no hace el orgullo? ¡Qué gran poder posee la humildad! ¿Qué necesidad tenemos de todos estos rodeos? Si desde los comienzos el hombre se hubiera humillado, habría obedecido a Dios y guardado sus mandamientos, no habría caído. Después de su caída Dios le otorgó una ocasión de arrepentirse y de obtener misericordia, pero él conservó erguida la cabeza...

Y ahora, véis claramente a qué estado hemos llegado, a cuántos males numerosos nos ha llevado la manía de autojustificarnos, la confianza en nosotros mismos y el apego a la voluntad propia: estos son los retoños del orgullo, enemigo de Dios. Los retoños de la humildad son la censura de sí mismo, la desconfianza del juicio propio y el odio a la voluntad propia que permiten la corrección y la vuelta al estado de naturaleza por la purificación que obran los santos mandamientos de Cristo. Porque sin humildad, es imposible obedecer los mandamientos ni llegar a ningún bien, como lo ha dicho el abad Marcos: “Sin contrición de corazón es imposible liberarse del mal, es absolutamente imposible adquirir una sola virtud”. Por la contrición del corazón aceptamos los mandamientos, nos alejamos del mal, adquirimos las virtudes y volvemos al reposo.

Necesidad de un guía

Se dice en los Proverbios: “Aquel que no tiene ningún guía cae como las hojas. La salud se encuentra en los muchos consejos” (*Pr 11,14*). Por estas palabras la Sagrada Escritura nos pone en guardia contra la confianza en nosotros mismos y contra la ilusión de creernos sagaces y capaces de autodirigirnos. Tenemos necesidad de ayuda, tenemos necesidad de guías de Dios. No hay nadie más miserable ni más vulnerable que el que no tiene a nadie que lo conduzca por el camino de Dios. En efecto, ¿qué dice la Escritura? “Los que no tienen ningún guía caen como las hojas”. La hoja, al nacer, es siempre verde, vigorosa y hermosa. Poco a poco se seca, cae y finalmente se la pisotea sin prestarle atención. Así es un hombre que no tiene guía. Al principio no carece de fervor por el ayuno, las vigiliias, la soledad, la obediencia y las otras obras buenas. Luego este fervor se extingue progresivamente y, no teniendo guía que lo alimente y lo inflame, se seca insensiblemente, cae y termina en las manos de sus enemigos, que hacen de él lo que les place.

Por el contrario, de aquellos que revelan sus pensamientos y todo lo hacen tomando consejo, dice la Escritura: “La salud se encuentra en los muchos consejos”. Por “muchos consejos” no se quiere decir que haga falta consultar a todo el mundo, sino consultarlo todo con quien se tenga plena confianza; es necesario revelarlo todo (que no se callen ciertas cosas y se manifiesten otras), y en todo pedir consejo. Para quien obra de este modo, verdaderamente “la salud se encuentra en los muchos consejos”.

En efecto, si un hombre no descubre todo lo que hay en él, especialmente cuando acaba de dejar vida y hábitos malos, el diablo descubrirá en él una voluntad propia y una pretensión de justicia que le permitirán derribarlo. Porque en cuanto el diablo ve a alguien decidido a no pecar más, no es tonto en su maldad para sugerirle faltas manifiestas. Nunca le dirá: “Ve y comete este acto impuro”. Ni: “Ve,

comete este hurto”. Sabe que no queremos estas cosas y no nos tienta hablándonos sobre lo que no queremos. Pero si nos encuentra en posesión de una sola voluntad propia o de una sola pretensión de justicia, es por ahí que nos daña con lindas razones. Por eso está escrito: “El Malo hace el mal cuando se junta a una pretensión de justicia” (*Pr* 11,15). El Malo es el diablo; hace el mal cuando se junta a una pretensión de justicia, es decir, cuando se asocia a nuestra pretendida justicia. Porque entonces es más fuerte, puede obrar y dañar más. Cada vez que nos aferramos obstinadamente a nuestra voluntad propia y que nos fiamos de nuestra pretendida justicia, pensando hacer maravillas, nos tendemos lazos a nosotros mismos ignorando que vamos hacia nuestra perdición. En efecto, ¿cómo podremos conocer la voluntad de Dios, o buscarla de verdad, si ponemos nuestra confianza en nosotros mismos y afirmamos nuestra voluntad propia?

Esto es lo que hizo decir al abad Poemen que la voluntad es un muro de bronce entre el hombre y Dios, y agregó: “Es una roca de repulsión”, en tanto que se opone y obstaculiza la voluntad de Dios. Entonces, si un hombre renuncia a esto podrá decir también: “Fiado en mi Dios asalto la muralla. Perfecto es el camino de Dios” (*Sal* 17,30-31). ¡Qué palabras admirables! En efecto, cuando se renuncia a la voluntad propia se ve con nitidez la voluntad de Dios. Pero si no se le obedece, no se puede percibir que el camino de Dios es irreprochable. Se recibe una advertencia y de inmediato se recrimina, se retira con menosprecio, se rebela. En verdad, ¿cómo podrá escuchar a alguien y seguir el menor consejo el que está aferrado a su voluntad propia? Algunos dicen que el hombre cae por esto o por aquello. Pero yo, por mi parte, no conozco ninguna caída que no haya sido causada por la confianza en sí mismo. ¿Has visto caer a uno? Sabe que él se dirigía a sí mismo. Nada más grave que autodirigirse, nada más fatal.

Gracias a la protección de Dios, siempre he temido mucho este peligro. Cuando estaba en el monasterio (del abad Seridos), confiaba todo a mi anciano, el abad Juan, y jamás me permití hacer cosa alguna sin su permiso. A veces mi pensamiento me decía: “El anciano ha de responderte tal cosa, ¿por qué, entonces, importunarlo?”. Pero yo replicaba: “¡Anatema a ti, a tu discernimiento, a tu inteligencia, a tu prudencia y a tu ciencia! Lo que sabes lo sabes por los demonios”. Entonces iba a interrogar al abad Juan y sucedía a veces que su respuesta era precisamente aquella que yo había previsto. Entonces mi pensamiento me decía: “Y bien, es lo que yo te decía. ¿No has molestado al anciano inútilmente?”. Y yo respondía: “Sí, pero está bien ahora esto viene del Espíritu Santo. Porque lo que es tuyo es malo, viene de los demonios, de las pasiones”.

Así, jamás me permití seguir mi pensamiento sin tomar consejo... Os he contado esto para mostraros de cuál reposo y de qué santa indiferencia gozan con toda seguridad los que no confían en sí mismos, antes bien, en todo lo que les concierne se remiten a Dios y a quienes después de Dios les pueden ayudar. Aprended también vosotros a pedir consejo, aprended a no fiaros de vosotros mismos.

Esto es humildad, reposo y júbilo.

¿Por qué atormentarse en vano? No es posible salvarse de otro modo.

Pero, quizá alguien piense, ¿qué podrá hacer el que no tiene a quien pedir consejo? De hecho, si buscamos de todo corazón la verdad y la voluntad de Dios, Dios no nos abandonará jamás, antes nos guiará en todo según su voluntad. Si alguno endereza su corazón hacia el querer divino, Dios iluminará aunque sea a un niño para dárselo a conocer. Por el contrario, si alguno no busca con sinceridad la voluntad de Dios y va a consultar a un profeta, Dios pondrá en el profeta una respuesta conforme a la perversidad de su corazón, según la palabra de la Escritura: “Si un profeta habla y se equivoca, he sido Yo, el Señor, quien lo ha hecho errar” (*Ez* 14,9). Es por eso que, con todas nuestras fuerzas, debemos conducirnos según la voluntad de Dios, desconfiando de nuestro propio corazón.

II. El arte espiritual

Vigilancia y aplicación necesarias

Cuidemos de nosotros mismos, hermanos, seamos vigilantes. ¿Quién nos devolverá el tiempo presente si lo perdemos? Ya podremos buscar los días perdidos que no los encontraremos... Somos tan negligentes que ni siquiera sabemos lo que queremos. Por eso no progresamos y a menudo caemos en la aflicción. Esto viene de la falta de vigilancia de nuestro corazón. En verdad, si queremos combatir un poco no tendremos que sufrir ni penar largo tiempo, porque si en los comienzos nos esforzamos, avanzaremos poco a poco luchando, y terminaremos por obrar en la paz, pues viendo Dios la violencia que nos hacemos nos otorgará su auxilio.

Hagámonos violencia, pongamos manos a la obra y tengamos al menos la voluntad de querer el bien. Ciertamente, si aún no hemos llegado a la perfección, el hecho mismo de quererla es el comienzo de la salud. Porque con el querer llegaremos, con la ayuda de Dios, a la lucha, y en la lucha encontraremos los socorros para la adquisición de las virtudes. Esto es lo que hizo decir a uno de los Padres: “Da tu sangre y recibe el espíritu”, es decir, “lucha y entra en posesión de la virtud”.

Los Padres han dicho cómo debe cada uno purificar su conciencia periódicamente, examinando cada tarde cómo ha pasado la jornada, y cada mañana cómo ha pasado la noche, y hacer penitencia delante de Dios por los pecados que realmente ha cometido. Pero nosotros, que incurrimos en numerosas faltas, tenemos necesidad, olvidadizos como somos, de examinarnos cada seis horas para conocer cómo nos hemos comportado y en qué hemos pecado... Si nos examinamos así cada día, aplicándonos a arrepentirnos y a corregirnos de nuestras faltas, comenzará a disminuir la frecuencia del pecado: por ejemplo, ocho veces en lugar de nueve.

De este modo, progresando poco a poco, con la ayuda de Dios, impediremos que las pasiones se robustezcan en nosotros... Y no sólo debemos examinarnos así cada día, sino también cada año, cada mes y cada semana. Debemos preguntarnos: “¿Cómo estoy con respecto a aquella pasión que me abatió la semana pasada?”. Igualmente cada año: “Fui vencido por tal pasión el año último, ¿cómo estoy ahora?”. También es necesario preguntarnos si hemos hecho algún progreso, si estamos en el mismo lugar, o si nos hemos vuelto peores.

La lucha contra las pasiones nacientes

Pongámonos en guardia con respecto a nosotros mismos, hermanos, seamos vigilantes mientras estamos a tiempo. ¿Por qué descuidarnos? Hagamos algún bien para encontrar ayuda en los tiempos de prueba. ¿Por qué malgastar nuestra vida? ¡Sabe Dios lo atónito que estoy por la insensibilidad de nuestras almas! Podemos ser salvados y no queremos. En efecto, podemos arrancar las pasiones cuando son incipientes pero no nos preocupamos de ello. Las dejamos endurecer hasta lo último. A menudo os lo digo: una cosa es arrancar una planta que se saca de un tirón y otra desarraigar un árbol crecido.

Un venerable anciano descansaba con sus discípulos en un lugar donde se encontraban cipreses de talla variada, pequeños y grandes. Dijo el anciano a uno de sus discípulos: “Arranca ese ciprés”. El árbol era pequeñito, y al punto lo arrancó. Después el anciano le mostró otro ciprés, más grande que el primero, diciéndole: “Arranca ese también”. El hermano, tomándolo con las dos manos y sacudiéndolo, lo arrancó. Entonces el anciano le señaló otro más grande, que al hermano le costó más trabajo arrancar. Entonces le indicó otro aún mayor. El hermano lo sacudió mucho y sólo logró arrancarlo a fuerza de trabajo y sudor. Entonces el anciano le señaló otro todavía más grande, y esta vez el hermano, ni con trabajo y sudor lo pudo arrancar. Al ver el anciano su impotencia ordenó a otro hermano que levantándose lo ayudara. Y juntos pudieron arrancarlo. “Así sucede con las pasiones -les dijo entonces el anciano-. Cuando son pequeñitas podemos desarraigarlas fácilmente, si lo queremos. Pero si por ser pequeñas las descuidamos, entonces se endurecen, y cuanto más se endurecen tanto más trabajo dan. Si han echado raíces profundas en nosotros, no llegaremos a deshacernos de ellas ni con esfuerzo, a menos de recibir el socorro de los santos, quienes, después de Dios, se ocupan de nosotros”.

Porque es realmente cosa grave caer en el hábito de una pasión, como bien lo dijo el abad Nisteros:

“Quien es arrastrado por una pasión, se vuelve esclavo de esa pasión”. Que Dios en su bondad nos libre de las malas pasiones para que no tenga que decirnos: “¿Qué ganaste con mi muerte, con que yo bajara a la fosa?” (*Sal 29,10*).

Ya os he dicho cómo se adquiere un hábito. Porque no llamamos colérico al que monta en cólera una vez, ni impúdico al que comete una sola impureza, como tampoco llamamos caritativo al que dio limosna una sola vez.

La virtud y el vicio practicados de una manera continua engendran el hábito en el alma, y este hábito se convierte en seguida en castigo o reposo del alma. Ya dijimos en otra oportunidad, cómo la virtud procura el reposo al alma y cómo el vicio la castiga.

La virtud es natural y está en nosotros. Sus gérmenes son indestructibles. Por eso os digo, habituarse a la virtud por la práctica del bien, es recobrar su estado propio, es retornar a la salud, así como se recobra la vista normal después de una enfermedad de los ojos o la salud propia y natural después de cualquier enfermedad. Pero no ocurre lo mismo con el vicio. Por la práctica del mal adquirimos un hábito extraño y contra natura, contraemos una especie de enfermedad crónica y no podemos recobrar la salud sin un socorro abundante, sin muchas oraciones y muchas lágrimas capaces de atraer en nuestro favor la misericordia de Cristo.

Por tanto, es necesario que sepamos esto: ocurre que un alma tiene inclinación hacia una pasión; si se deja llevar una sola vez al acto malo corre el riesgo de caer también en el hábito de esa pasión... Por eso es necesario mucha vigilancia, celo y temor, para no caer en un mal hábito. Creedme, hermanos, el que tiene una pasión en estado de hábito, es entregado al castigo. Puede llegar a hacer diez buenas acciones por una sola mala según su pasión, pero esta única acción proveniente del hábito vicioso anula las diez buenas. Porque es igual que si un águila se hubiera desatado casi totalmente de un lazo y le quedara enganchada sólo una uña, por esta atadura insignificante toda su fuerza se encontraría anulada. Porque, ¿qué ventaja hay en encontrarse fuera del lazo, si una sola de sus uñas todavía está agarrada?, ¿acaso no sigue estando cautiva?, ¿y no podrá el cazador abatirla cuando quiera? Así ocurre con el alma: si tiene una sola pasión que se ha vuelto hábito, el enemigo la derriba cuando le place, la tiene en su poder por esta pasión. Por esto no ceso de decir: no dejemos que una pasión cree un hábito. Antes, bien, luchemos pidiendo a Dios noche y día, no caer en tentación. Si estamos en desventaja - puesto que somos hombres- y si resbalamos en el pecado, apresurémonos a levantarnos. Hagamos penitencia. Lloremos delante de la divina bondad. Veamos, combatamos, y Dios, viendo nuestra buena voluntad, nuestra humildad y nuestra contrición, nos tenderá la mano y nos hará misericordia. Porque, como lo dice el salmo, Él es “la esperanza de todos los que están en los confines de la tierra y de los que están en el mar lejano” (*Sal 64,6*). Los que están en los confines de la tierra, son los hombres completamente sumergidos en el pecado; los que están en el mar lejano, son los que viven en la más profunda ignorancia. Y, sin embargo, Cristo es su esperanza.

El cultivo espiritual y sus operaciones sucesivas

Es necesario tan sólo un poco de esfuerzo para obtener misericordia. Cuanto más se deja un campo sin cultivar, más se llena de espinas y de cardos. Y cuando vamos a limpiarlo, más será la sangre que correrá de las manos del que quiere arrancar las malas yerbas que su negligencia dejó brotar. Es imposible no cosechar lo que se ha sembrado. El que desea limpiar su campo debe primero extirpar todas las malezas. Si arranca sólo los tallos, volverán a brotar. Por eso os digo que debe desenterrar las raíces también. Luego, en el campo así desbrozado de malas yerbas y, espinas, punteará la tierra, desmenuzará los cascotes, trazará los surcos y cuando haya puesto su campo en buen estado, deberá arrojar finalmente una buena semilla. Porque, si después de todo este buen trabajo, deja desocupada la tierra, volverá la maleza, y encontrando el suelo limpio y bien preparado echará profundas raíces y será más fuerte y más tupida.

Eso mismo le ocurre al alma. Primero hay que desarraigar todo pensamiento inveterado y los malos hábitos, y luchar no sólo contra las pasiones sino también contra sus causas, que son sus raíces. Hay

ciertas pasiones que nada pueden si se suprimen las causas. Por ejemplo: la envidia no es nada en sí misma, pero tiene muchas causas, una de las cuales es el amor a la vanagloria. Porque se desea el honor se envidia al que es más honrado y estimado. También la cólera tiene varias causas, especialmente el amor al placer... Todos los Padres enseñan que cada pasión viene, sea del amor a la vanagloria, sea del amor a las riquezas, sea del amor al placer, como en otras circunstancias ya os dije.

No solamente hay que cercenar las pasiones, sino también las causas y reformar la propia conducta por la penitencia y las lágrimas. Hecho esto se comenzará a sembrar la buena semilla, es decir, las buenas obras. (Recordad) lo que dijimos del campo: si después de haberlo limpiado y dejado apto para la siembra, no le echamos pronto una buena simiente, volverán las malas yerbas y, hallando la tierra recientemente trabajada, echarán raíces más fuertes.

Lo mismo rige para el hombre. Si, después de haber reformado su conducta y hecho penitencia por sus obras pasadas, no se cuida de hacer buenas acciones y adquirir las virtudes, le sucederá aquello que dice el Señor en su Evangelio: “Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, yerra por los lugares áridos buscando reposo. Y, no encontrándolo, se dice: 'Volveré a mi casa de donde salí'. A su llegada la encuentra desocupada, es decir, sin ninguna virtud, limpia y en orden. Entonces, yéndose, toma siete espíritus peores que él, y volviéndose se instala allí. Y el último estado de ese hombre es peor que el primero” (Lc 11,24-27).

Es verdaderamente imposible al alma permanecer en el mismo estado: o mejora o empeora. Por esto, el que quiera salvarse no sólo no debe hacer el mal, sino que debe hacer el bien, como dice el Salmo: “Apártate del mal y haz el bien” (Sal 36,27). No dice solamente: “Apártate del mal”, sino además: “Haz el bien”. Por ejemplo: ¿alguien estaba acostumbrado a cometer injusticias?, que no las vuelva a hacer pero que practique también la justicia. ¿Era intemperante?, que ponga fin a sus intemperancias pero que se dé también a la templanza. ¿Era colérico?, que no se irrite más pero que adquiera también la mansedumbre. ¿Era orgulloso?, que cese de engreírse pero también que cada vez se humille más. Tal es el sentido de la palabra: “Apártate del mal y haz el bien”. Porque cada pasión tiene su virtud contraria. Para el orgullo es la humildad; para la avaricia, la limosna; para la lujuria, la templanza; para el desaliento, la paciencia; para la cólera, la mansedumbre; para el odio, la caridad. En una palabra: cada pasión tiene su virtud opuesta.

A menudo os he dicho estas cosas. Hemos desterrado las virtudes e introducido en su lugar las pasiones. No sólo debemos esforzarnos para repeler las pasiones sino también para reintroducir las virtudes y restablecerlas en su lugar propio. Porque naturalmente poseemos virtudes, que nos han sido dadas por Dios. Al crear al hombre, Dios las puso en él según sus palabras: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26). “A nuestra imagen”, porque Dios ha creado al alma inmortal y libre; “a nuestra semejanza”, es decir, según la virtud. Y está escrito: “Sed misericordiosos como vuestro Padre del cielo es misericordioso” (Lc 6,36). “Sed santos porque Yo soy santo” (Lv 11,44). Y el Apóstol dice: “Sed buenos unos con otros” (Ef. 4, 32). También dice el salmista: “El Señor es bueno para aquellos que le escuchan” (Lm 3,25), y otras cosas parecidas. He aquí lo que es la semejanza. Dios nos ha dado las virtudes con la naturaleza. Mas, las pasiones no nos son naturales; ellas no tienen ni ser ni substancia y se parecen a las tinieblas que no subsisten en sí, sino que son como una pasión de la atmósfera, según san Basilio, y sólo existen por la privación de luz. Es alejándose de las virtudes por amor al placer como ha provocado el alma un nacimiento de las pasiones y luego se ha afirmado en ellas.

Entonces, después de todo ese buen trabajo, como lo he dicho del campo, debemos sembrar la buena semilla para que ella produzca el fruto bueno. Pero por otra parte, el que siembra su campo, debe cubrir y ocultar la simiente enterrándola para que no vengan a arrebatarla los pájaros y se pierda. Después de haberla escondido, esperará de la misericordia de Dios la lluvia y el crecimiento del grano. Porque bien puede tomarse el trabajo de limpiar, preparar la tierra y sembrar, pero si Dios no hace llover sobre su sembrado toda su labor será vana. Es así como debemos obrar. Escondamos por humildad cualquier bien que hagamos y arrojemos en Dios nuestra debilidad suplicándole que mire nuestros esfuerzos que de otro modo serían inútiles.

Sucede a veces que después de haber regado y hecho germinar la semilla, no llega la lluvia en el tiempo oportuno; entonces el germen se agosta y muere. Porque el brote, como la semilla, necesita la lluvia de tiempo en tiempo para crecer. Por eso no se puede estar sin inquietud. Hasta suele ocurrir que después del nacimiento y de la formación de la espiga, la jangosta, el granizo o cualquier otro azote vienen a destruir la cosecha. Lo mismo le pasa al alma. Aun cuando haya trabajado en purificarse de todas las pasiones y se haya aplicado a todas las virtudes, debe apoyarse siempre en la misericordia y la protección de Dios, por temor de ser abandonada y perecer. Debe estar vigilante, si hace un poco de bien, para no realizarlo por vanagloria, por deseo de agradar a los hombres o por cualquier otro motivo humano, a fin de no perder completamente ese poco de bien, como dijimos a propósito de las langostas, del granizo y de los otros flagelos.

Tampoco puede el agricultor estar sin inquietud cuando la mies no ha sufrido ningún daño y ha sido preservada hasta el tiempo de la siega. Porque puede suceder que, después de segar su campo con todo esfuerzo, venga un malvado y por odio le prenda fuego a su cosecha y la destruya completamente, reduciendo a nada todos sus trabajos. Reconozcamos entonces, que tampoco puede estar tranquilo viendo el grano bien limpio y almacenado en el granero. Ni siquiera puede estar sin inquietud después de escapar a todos los peligros que enumeramos. Porque después de todo esto puede venir el diablo a perderlo, sea por pretensiones de santidad o de orgullo, sea inspirándole pensamientos de infidelidad o de herejía, y no sólo reduzca a nada todo su quehacer sino que hasta lo separe de Dios. Eso que no pudo hacerle con sus obras, se lo hace con un solo pensamiento. Porque un solo pensamiento si es aceptado y aprobado puede separar de Dios. El que de veras quiera salvarse debe permanecer en el temor hasta su último suspiro.

Es necesario afrontar muchos males e inquietudes, y pedir a Dios sin cesar que Él nos proteja y nos salve por su bondad, para gloria de su santo Nombre. Amén.

III. Respeto y amor al prójimo

Guardarse de sospechas

Hermanos. si guardamos en la memoria las palabras de los santos ancianos y las meditamos sin cesar, difícil nos será pecar, difícil, ser negligentes. Si, como ellos dicen, no despreciamos las cosas pequeñas y que nos parecen insignificantes, no caeremos en las faltas graves. Os lo repito siempre: es por cosas de poco peso, por ejemplo, decir “¿qué importa esto o aquello?”, que nace un mal hábito en el alma y que comenzamos a despreciar las cosas importantes. Ved qué grave es el pecado que se comete juzgando al prójimo. ¿Hay, en efecto, algo más grave? ¿Existe alguna cosa que Dios deteste más y de la que se aparte con mayor horror? Los Padres lo han dicho: “Nada hay peor que juzgar”. Y por cosas que creemos de poca monta, se llega a tan gran mal. Se admite una ligera sospecha contra el prójimo, y se piensa: “¿Qué importa si escucho lo que dice tal hermano?”. “¿Qué importa si yo también lo repito?”. “¿Qué importa si miro lo que va a hacer este hermano o ese extraño...?”.

Miente con el pensamiento quien acoge sospechas: ve que alguien habla con un hermano y piensa: “Es de mí de quien hablan”. ¿Acaba la conversación? Entonces sospecha que callan por su presencia. Si alguno dice algo, él sospecha que lo hace para causarle pena. En una palabra, sospecha del prójimo a propósito de todo y dice: “Es por causa mía que obra así, es por causa mía que ha dicho esto, es por tal razón que ha hecho aquello”. Tal es el que miente con el pensamiento: nada dice según la verdad sino según conjeturas. De allí las curiosidades indiscretas, las murmuraciones, la costumbre de dar oídos a lo que se habla, de discutir, de juzgar...

Nada es más grave, en efecto, que las sospechas. Son tan perjudiciales que a larga llegan a persuadirnos, a infundirnos la certeza de la realidad de cosas que no existen ni han existido jamás... Apliquémonos con todas nuestras fuerzas a no fiarnos nunca de nuestras sospechas. Nada aleja tanto al hombre de la vigilancia sobre los propios pecados como el ocuparse constantemente de aquello que no le incumbe. De ahí no sale nada bueno, sólo mil turbaciones, mil sufrimientos y nunca tiene ocio para adquirir el temor de Dios. Nada irrita a Dios tanto y nada despoja tanto al hombre, conduciéndolo a su

perdición, como el hecho de murmurar del prójimo, juzgarlo o despreciarlo.

No murmurar, ni juzgar, ni despreciar

Murmurar, juzgar y despreciar son cosas diferentes. Murmurar es decir de alguno: “Ha mentado”, o “se ha encolerizado” o “ha fornicado” u otra cosa semejante. Murmuramos cuando hablamos contra el prójimo, revelando su pecado bajo el impulso de la pasión.

Juzgar es decir: “Es colérico, mentiroso o fornicario”. Así juzgamos la disposición misma de su alma y nos pronunciamos sobre su vida entera diciendo que una persona es así y como tal la juzgamos. Y esto es grave. Porque una cosa es decir: “¡Se ha enojado!”, otra decir: “¡Es colérico!”, y pronunciarse así sobre su vida entera. Juzgar sobrepasa en gravedad a todo pecado, tanto que Cristo mismo ha dicho: “Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Lc 6,42). Jesús ha comparado la falta del prójimo a una paja y el juicio a una viga: tan grave cosa es juzgar, más grave quizá que cometer cualquier otro pecado. El fariseo que ora y da gracias a Dios por sus buenas acciones no miente, antes bien dice la verdad; no es por esto que se le condena. En efecto, debemos dar gracias a Dios, por el bien que nos permite realizar, ya que lo hacemos con su ayuda y su socorro. No se condenó el fariseo por haber dicho: “No soy como los otros hombres” (Lc 18,11), pero fue condenado cuando, vuelto hacia el publicano agregó: “ni como este publicano”. Es entonces cuando se hizo gravemente culpable, porque juzgó a la persona misma del publicano, las disposiciones de su alma, su vida entera. Por eso el publicano se va justificado, no así el fariseo.

No hay nada más grave, nada más pernicioso, que juzgar Y menospreciar al prójimo. ¿Por qué no nos juzgamos más bien a nosotros mismos, por nuestros defectos que bien conocemos y de los que habremos de rendir cuenta a Dios? ¿Por qué usurpar el juicio de Dios?... Sólo a Dios pertenece justificar y condenar. A Él, que conoce el estado de cada uno, sus fuerzas, su comportamiento, sus dones, su temperamento, sus particularidades y que pondera cada uno de estos elementos que sólo Él puede conocer.

A veces ocurre que no solamente juzgamos, sino que, peor aún, despreciamos. Porque, en efecto, como ya lo dije, una cosa es juzgar y otra cosa menospreciar. Y hay desprecio cuando, no contentos con juzgar al prójimo nos horrorizamos de él como de una cosa abominable; esto es peor y más funesto.

Los que quieren salvarse, no se fijan en los defectos del prójimo, sino que están siempre ocupados en el examen de sus propias faltas, y de este modo progresan. En cambio, nosotros somos tan miserables que juzgamos a diestra y siniestra, tenemos aversión y desprecio y andamos curioseando y sospechando de todo. Y lo peor es que, no contentos con dañarnos a nosotros mismos, nos apresuramos a decirle al primer hermano que encontramos: “Ha pasado esto y aquello”, haciéndole mal también a él, volcando el mal en su corazón. No tememos a quien dijo: “Desgraciado de aquel que da a beber a su hermano una bebida impura” (Ha 2,15). Pero nosotros realizamos la obra de los demonios y sin cuidarnos de ello. Porque ¿qué puede hacer un demonio sino turbar y dañar? De este modo colaboramos con los demonios en nuestra perdición y en la del prójimo. El que daña a un alma trabaja con los demonios y los ayuda, así como el que obra bien trabaja con los santos ángeles.

Caridad fraterna y unión con Dios

¿De dónde nos viene esta desgracia sino de nuestra falta de caridad? Si tuviésemos en nosotros la caridad, acompañada de compasión y de pena, no estaríamos atentos a los defectos del prójimo, según la palabra: “La caridad cubre la multitud de los pecados” (I P 4,8), y: “La caridad no se detiene en el mal, todo lo excusa, etc.” (I Co 13,5-6). Si tuviésemos caridad, la misma caridad cubriría toda falta y seríamos como los santos cuando ven los defectos de los hombres. Los santos, ¿son acaso ciegos que no ven los pecados? ¿Quién detesta el pecado más que ellos? Pero, porque el pecado no es el pecador,

a éste no lo odian, no lo juzgan, ni le huyen. Por el contrario: lo compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo cuidan como a un miembro enfermo, haciendo todo lo posible por salvarlo... Cuando una madre tiene un hijo deforme no se aleja de él con horror, sino que tiene gusto en arreglarlo y hacer todo lo posible para que resulte amable. Del mismo modo los santos protegen siempre al pecador, lo ayudan y lo corrigen en el momento oportuno para impedirle que dañe a otro y también para que él mismo progrese en la caridad de Cristo.

Adquiramos también nosotros la caridad, adquiramos la misericordia con respecto al prójimo para guardarnos de la terrible murmuración, del juicio y del menosprecio. Prestémonos socorro los unos a los otros, como a nuestros propios miembros. Si alguno tiene una herida en la mano, en el pie o en otro lugar, ¿es por eso desagradable a sí mismo? ¿Acaso corta el miembro enfermo aunque esté podrido?, ¿o antes bien lo lava, lo limpia, le pone emplastos y vendas, lo unge con óleo santo, ora y hace orar a los santos por él, como dice el abad Zósimo? En una palabra, no abandona su miembro, no deja que le repugne su hediondez, antes, hace todo por curarlo. Así debemos compadecernos unos de otros, prestándonos ayuda mutuamente o recibiendo la de otros más capaces; hacer todo lo que podamos con el pensamiento y la obra para auxiliarnos. Porque “somos miembros los unos de los otros”, dice el Apóstol (*Rm 12,5*). Si todos no formamos más que un solo cuerpo y si somos, cada uno por su parte, miembros los unos de los otros (*Rm 12,5*), cuando un miembro sufre, todos sufren con él (*1 Co 12,26*)... En fin, tenga cuidado cada uno, según sus posibilidades, de estar unido a los demás. Porque, cuanto más unido se está al prójimo, tanto más se está unido a Dios.

Para que comprendáis el sentido de estas palabras, os daré una imagen sacada de los Padres: Suponed un círculo dibujado en la tierra, es decir, una línea trazada en redondo con un compás y un centro. Se llama precisamente centro al punto que está en medio del círculo. Prestad atención a lo que os digo. Imaginaos que ese círculo es el mundo; el centro, Dios; y los rayos, las diferentes vías o maneras de vivir de los hombres. Cuando los santos desean aproximarse a Dios, marchan hacia el centro del círculo y en la medida en que penetran hacia el interior, se aproximan los unos a los otros al mismo tiempo que a Dios. Cuanto más se acercan a Dios más se acercan unos a otros; y cuanto más se aproximan entre sí, más se aproximan a Dios. Y vosotros comprendéis que ocurre lo mismo en sentido inverso: cuando uno se aleja de Dios para retirarse hacia el exterior es evidente que cuanto más se aleja de Dios, tanto más se aleja de los otros y cuanto más se aparta de los otros, tanto más se aparta de Dios.

Tal es la naturaleza de la caridad. Estamos alejados del prójimo en la medida en que estamos en el exterior y no amamos a Dios. Pero si amamos a Dios, estamos unidos en caridad al prójimo en la medida en que estamos cerca de Dios por la caridad, y tanto cuanto estamos unidos al prójimo así lo estamos a Dios.

IV. En las pruebas

Acusarse a sí mismo

¿Por qué a veces oímos una palabra desagradable y la dejarnos caer sin turbarnos, como si no hubiéramos oído nada, y otras veces nos turbamos tanto? ¿Cuál es la razón de tal diferencia? ¿Habría en esto una o varias razones? Yo veo muchas, pero es una sola la que engendra todas las otras... El motivo de la turbación, si lo buscamos cuidadosamente, es siempre el hecho de que no nos acusamos a nosotros mismos. De allí viene nuestro abatimiento y nuestra falta de paz. No hay que asombrarse si todos los santos dicen que no existe otro camino. Vemos que nadie ha encontrado el reposo por otra senda, ¡y nosotros, sin embargo, pensamos encontrar otra perfectamente recta, sin consentir jamás en acusarnos a nosotros mismos! En verdad, se pueden hacer mil obras buenas, pero si no se sigue esta ruta jamás se dejará de hacer sufrir y de sufrir uno mismo, perdiendo de este modo todas las fatigas. Pero, por el contrario, ¡qué alegría, qué reposo gusta en todas partes por donde va el que se acusa a sí mismo!, como lo dijo el abad Poemen. Cuando le sobreviene un daño, un ultraje, una pena cualquiera, a priori se juzga digno de tal cosa y nunca se turba. ¿Existe otro estado que esté más libre de inquietud?

Pero dirá alguno, “¿cómo puedo no estar atormentado si preciso una cosa y no la recibo? Estoy urgido por la necesidad”. Aún entonces no hay motivo para acusar a otro, ni enojarse con nadie. Si realmente tiene necesidad de algo, como lo pretende, aun cuando no lo reciba debe decir: “Cristo sabe mejor que yo si debo obtener satisfacción y Él mismo es para mí esta cosa o esta comida”. Es verdad que uno tiene a veces más de lo que necesita y a veces menos. Porque Dios, en su misericordia, da a cada uno lo que precisa; si a alguno da lo superfluo, es para mostrarle el exceso de su ternura y enseñarle a dar gracias. Cuando, por el contrario, no le da lo necesario, suple por su palabra la cosa que necesita, enseñándole la paciencia. Así, siempre debemos mirar hacia arriba, de donde recibimos el bien o el mal, y dar gracias por todo lo que sobreviene, sin dejar jamás de acusarnos y de decir con los Padres: “Si nos viene el bien es por disposición de Dios; si nos llega el mal es a causa de nuestros pecados”.

Sí, verdaderamente, todos nuestros sufrimientos vienen de nuestros pecados.

Cuando los santos sufren, sufren por el Nombre de Dios o para manifestar sus virtudes en provecho de una multitud o para acrecentamiento de la recompensa que les vendrá de Dios. Pero, ¿cómo podremos decir lo mismo de nosotros siendo tan miserables? Cada (lía pecarnos y nos dejamos llevar por nuestras pasiones; abandonamos el camino recto que nuestros Padres nos indicaron y que consiste en acusarse a sí mismo, para seguir el camino tortuoso que consiste en acusar al prójimo.

Referir todo a Dios

En toda ocasión reaccionamos contra el prójimo, cansándolo con reproches y acusándolo de actuar movido por el menosprecio y contra su conciencia... ¿Oímos una palabra? Reaccionamos como el perro: cuando alguien le arroja una piedra, abandona al que se la ha lanzado y va a morder la piedra. Así hacemos nosotros: abandonamos a Dios que es quien permite que nos asalten las pruebas para purificación de nuestros pecados, y corremos hacia el prójimo diciéndole: “¿Por qué me has dicho esto? ¿Por qué me has hecho esto otro?”. Y en vez de sacar gran provecho de estos sufrimientos nos enredamos al no reconocer que todo viene de la Providencia de Dios según lo que conviene a cada uno...

Cuando enfermé de dolores en los pies, los hermanos que me vinieron a ver, me preguntaron por la causa de mi mal; esto, pensé, tiene un doble fin: primero, animarme y distraerme un poco de mi sufrimiento; y segundo, darme ocasión para decirles unas palabras de edificación. Pero como entonces el dolor no me permitía responder como yo quería, es menester que ahora me escuchéis...

Es bueno, hermanos, como os digo siempre, referir todo a Dios y decir que nada ocurre sin su permiso. Dios sabe que tal cosa es buena y útil, y por eso la hace, aun cuando ella tenga otra causa inmediata. Yo podría decir, por ejemplo, que comí con los huéspedes, que por contentarlos comí un poco demás y mi estómago se tornó pesado, que se produjo un flemón en mi pie y provocó el reumatismo y aún podría encontrar otras razones: nunca faltan si uno quiere. Pero es más exacto y provechoso decir: ocurrió esto porque Dios sabía que era útil a mi alma. Porque no hay cosa alguna que Dios haga y que no sea buena. Todo lo que Él hace es bueno y muy bueno (cf. *Gn 1,31*). No hay que inquietarse entonces por lo que nos ocurre, sino, como os dije, referirlo todo a la Providencia de Dios, y conservar la calma.

Abandonarse a la Providencia divina

El que verdaderamente se compromete en el servicio de Dios debe, según la Sabiduría, “preparar su alma para sobrellevar las tentaciones” (*Si 2,1*) a fin de no ser sorprendido ni turbado por lo que sucederá, creyendo que nada acontece al margen de la Providencia de Dios. Porque allí donde está la Providencia de Dios lo que sucede es bueno y de utilidad para el alma. Todo lo que Dios hace con nosotros, lo hace para nuestro provecho, por amor y benevolencia hacia nosotros. Por eso “en todas las cosas”. como dice el Apóstol (*I Ts 5,18*), “debemos dar gracias” a su bondad y no desanimarnos

jamás, ni abatirnos por lo que nos ocurre, sino recibir sin turbación los acontecimientos, con humildad y confianza en Dios, persuadidos, como dije, de que todo lo que hace con nosotros, lo hace por bondad y por amor y que así está bien... Y aún es imposible que las cosas se hagan bien, si no es precisamente Dios quien en su misericordia las dispone así

Si alguno tiene un amigo de quien con toda certeza se sabe amado, lo que le venga de él, aun si es cosa penosa, tiene por cierto que ha sido motivado por el afecto, y nunca creará que su amigo quiere hacerle daño. ¡Cuánto más debemos tener esa convicción a propósito de Dios nuestro Creador, que nos ha llevado de la nada a la existencia, que por nosotros se hizo hombre y por nosotros murió!

Con respecto a un amigo, bien puedo pensar que obra por cariño y por mi bien, pero que no tiene necesariamente toda la inteligencia requerida para ocuparse de mis intereses, y por consiguiente podría hacerme mal sin querer. Pero de Dios no podemos decir lo mismo porque Él es la fuente de la Sabiduría, conoce todo lo que nos es útil y con este conocimiento ordena todas nuestras acciones hasta las más mínimas. Del amigo, todavía se puede decir: “me ama, quiere mi bien, es muy inteligente como para ocuparse de mis intereses, pero no tiene la posibilidad de ayudarme en eso que él cree me sería útil”. Pero de Dios no podemos decirlo porque todo le es posible y nada hay imposible para Él.

Sabemos que Dios ama a su creatura y quiere su bien, que Él es la fuente misma de la Sabiduría y sabe cómo ordenar nuestras acciones, que nada te es imposible, que todas las cosas le están sometidas a su voluntad. Sabiendo también que todo lo hace para nuestro provecho, debemos aceptar, aun lo que es penoso, con acción de gracias, como proveniente de un Señor benevolente y bueno. Porque Dios que es tan misericordioso, no mira con indiferencia la prueba que nos sobreviene, y que procede de un justo juicio.

A menudo nos planteamos esta cuestión. Si en las adversidades, el sufrimiento nos conduce al pecado, ¿cómo podemos pensar que ellos son para nuestro provecho? Pero no pecamos en dicha ocasión sino por falta de resignación y por no querer soportar la menor pena o sufrir una cosa que nos contraría. Dios, en efecto, no permite que seamos probados más allá de nuestras fuerzas, como dice el Apóstol: “Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar” (1 Co 10,13). Somos nosotros los que no tenemos paciencia, los que no consentimos en sufrir un poco y no soportamos con humildad. Por eso somos quebrantados por las pruebas: cuanto más nos esforzamos por huir de ellas, tanto más nos agobian y sin embargo quedamos presos en ellas.

Los que van a nadar en el mar y conocen el arte de la natación, cuando viene la ola se zambullen lo más profundamente que pueden hasta que la ola ha pasado. Después continúan nadando sin dificultad. Pero si intentan oponerse a la ola, ésta los empuja y los arroja lejos. Si sobreviene otra ola y de nuevo intentan resistirle, otra vez son envueltos por la ola; se fatigan sin avanzar. Si por el contrario, se zambullen como dije, y se abajan, la ola pasará sin molestarlos, y ellos continuarán nadando cuanto quieran y llegarán a la meta que deben alcanzar. Así ocurre en las tentaciones. Soportadas con paciencia y humildad, pasan sin hacer mal. Pero si uno se aflige, se turba y acusa a todo el mundo, haciendo la tentación más pesada para sí mismo, resulta que no solamente no nos aprovecha, sino, que nos daña.

Utilidad de las tentaciones

Las tentaciones son provechosas para quien las soporta sin turbación. Aun cuando nos hostigue una pasión, no debemos turbarnos. Si nos turbamos es por causa de nuestra ignorancia o por orgullo, es porque desconocemos el propio estado y porque queremos huir del sufrimiento... Se debe, más bien, reconocer humildemente los propios límites y esperar orando que Dios haga misericordia. Porque el que no es tentado e ignora la tormenta de las pasiones, no lucha por purificarse.

Es precisamente cuando las pasiones se tornan manifiestas a aquellos que combaten, que pueden ser destruidas por ellos. Al comienzo nacen los pensamientos apasionados, después las pasiones se exteriorizan y entonces son destruidas. Todo esto se aplica a quienes combaten. Pero nosotros que

cometemos pecados y hacemos componendas con nuestras pasiones, no sabemos cuándo nacen los pensamientos apasionados, ni cuándo se manifiestan las pasiones para combatir contra ellas... ¡Quién nos diera tomar conciencia al menos de nuestra amarga servidumbre para que humillados nos esforzáramos en obtener misericordia!

Cuando el diablo ve que Dios está inclinado sobre un alma para hacerle misericordia y aliviarla de sus pasiones, sea por medio de sus palabras, sea por medio de uno de sus servidores, entonces, tanto más la oprime bajo el peso de sus pasiones y la ataca con mayor violencia. Sabiendo esto los Padres, fortalecen al hombre con sus enseñanzas y no dejan que se asuste. Uno dice: “Has caído? Levántate. ¿Caes de nuevo? Levántate otra vez”, etc. Otro declara: “La fuerza de aquellos que quieren adquirir la virtud consiste en que en vez de desalentarse cuando caen, renueven sus propósitos”. En una palabra, cada uno a su manera, de un modo o de otro, tiende la mano a quienes son combatidos y atormentados por el enemigo. Haciendo esto, los Padres obran inspirados por las palabras de la Escritura divina: “¿Acaso el que cae no ha de levantarse, y el que se descamina no volverá? Venid a mí, hijos, y Yo os curaré las heridas, dice el Señor” (*Jr* 8,4 y 3,22)...

De este modo, el alma que ha cesado de cometer el pecado y ha atravesado el mar espiritual, debe primero luchar y sufrir múltiples aflicciones, y, a través de las pruebas, entrará en el reposo. Porque “nos es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de los Cielos” (*Hch* 14,22). En efecto, las tribulaciones atraen la misericordia de Dios hacia el alma, como los vientos empujan la lluvia. Y del mismo modo que la lluvia frecuente pudre el brote todavía tierno y destruye su fruto, mientras que los vientos lo secan poco a poco y lo hacen vigoroso, así el relajamiento, la indiferencia y el descanso ablandan y disipan al alma. Las tentaciones, por el contrario, la recogen y la unen a Dios: “Señor -dice el Profeta-, te recordamos en la tribulación” (*Is* 26,16). Nos es necesario, como dijimos, no turbarnos ni perder el coraje en las tentaciones, sino soportarlas, dar gracias, y suplicar sin cesar a Dios, con humildad, que tenga piedad de nuestra debilidad y nos proteja de toda tentación, para su gloria.

V. El edificio de la perfección

La casa del alma y sus elementos

Dice la Escritura que las parteras dejaron vivir a los hijos varones de los israelitas: “Por haber temido a Dios edificaron sus casas” (cf. *Ex* 1,21). ¿Se trata de casas materiales? Pero, ¿cómo se puede decir que construyeron tales casas por el temor de Dios, cuando sabemos, por el contrario, que es ventajoso abandonar por temor de Dios, aun aquellas que poseemos? (cf. *Mt* 19,29). No se trata aquí de una casa material, sino de la casa del alma que se edifica por la observancia de los mandamientos de Dios. Por esta palabra, la Escritura nos enseña que el temor de Dios dispone al alma a guardar sus mandamientos y que por ellos se edifica la casa del alma. Tengamos también nosotros el temor de Dios, y construyamos casas para encontrar allí abrigo durante la estación mala, en caso de lluvia, de relámpagos y truenos, porque la estación mala es una gran calamidad para quien no tiene habitación.

Pero, ¿cómo se edifica la casa del alma? Podemos saberlo con exactitud a partir de la casa material. El que quiere construirla debe asegurarla por todas partes, construir sus cuatro costados y no ocuparse de una sola pared descuidando las otras, de otro modo no llegará a ningún resultado, perderá todos sus esfuerzos y malgastará sus haberes. Lo mismo se puede decir del alma. El hombre no debe descuidar ningún elemento de su edificio, sino hacerla crecer de manera igual y armónica...

Se debe obrar de esta manera: primero, poner el fundamento que es la fe. Porque sin fe, dice el Apóstol, “es imposible agradar a Dios” (*Hb* 11,6). Luego, sobre este fundamento se debe construir un edificio bien proporcionado. ¿Tiene ocasión de obedecer? ¡Que ponga una piedra de obediencia! ¿Llega un hermano irritado contra él? ¡Que ponga una piedra de paciencia! ¿Tiene que practicar la templanza? ¡Que ponga una piedra de templanza! Así debe poner en su edificio una piedra de cada virtud que se presente y levantar todas sus paredes simultáneamente, con una piedra de compasión, una piedra de abandono de la propia voluntad, una piedra de mansedumbre, etc... Sobre todo debe

cuidar de la constancia y del coraje que son las piedras angulares: son ellas las que dan solidez a la construcción, uniendo las paredes entre sí e impidiéndoles curvarse y dislocarse. Sin ellas, se es incapaz de perfeccionar una sola virtud. Porque al alma sin coraje también le falta la constancia y sin constancia nada bueno se puede hacer. Como dijo el Señor: “Mediante la constancia salvaréis vuestras almas” (Lc 21,19).

El constructor debe poner argamasa sobre cada piedra, porque si las apilara sin argamasa se desmoronarían y las casas de derrumbarían. La argamasa es la humildad, porque está hecha con la tierra que todos pisan. Una virtud sin humildad no es virtud, como lo dijo el *Geronticon*⁸: “como no se puede construir un navío sin clavos, así es imposible salvarse sin humildad”. Por lo tanto si hacemos algún bien, debemos hacerlo humildemente, para que la humildad lo conserve. La casa también debe tener lo que llamamos herrajes: es decir discreción, que es lo que consolida la casa, une las piedras entre sí y ajusta la construcción, dándole gran belleza.

El techo es la caridad que es la cumbre de las virtudes, como el techo es el remate de la casa (cf. Col 3,14); junto al techo viene la balaustrada de la terraza. ¿Cuál es esta balaustrada? En la Ley está escrito: “Cuando edifiques una casa y hagas un techo con terraza, rodéalo de balaustrada para que los niños pequeños no se caigan desde ese techo” (Dt 22,8). La balaustrada es la humildad, corona y guardiana de todas las virtudes. Del mismo modo que cada virtud debe estar acompañada por la humildad, como cada piedra, según dijimos se apoya en la argamasa, así la perfección de la virtud tiene también necesidad de la humildad, y es progresando en aquella como llegan finalmente los santos a ésta. Siempre os digo, “cuanto más nos acercamos a Dios más pecadores nos vemos”. Y ¿quiénes son los niños pequeños de los que dice la Ley: “para que no caigan del techo”? Son los pensamientos que nacen en el alma: es preciso protegerlos por la humildad para que no caigan del techo, es decir de la perfección de las virtudes.

La ciencia del constructor

La casa está terminada. Tiene herrajes, techo y balaustrada. ¿Le falta alguna cosa? Sí. Hemos omitido una cosa. ¿Cuál? Que el constructor sea hábil. De lo contrario su construcción quedará torcida y un día se vendrá abajo. El constructor hábil, es el que obra con inteligencia. Se puede trabajar para adquirir virtudes, pero si no se lo hace con sabiduría, se pierde el trabajo, se malgastan esfuerzos y se permanece en la incoherencia, sin lograr terminar la obra. Se pone una piedra y se la quita, ¡y hasta se llega a poner una y a sacar dos! Por ejemplo, viene un hermano a decirte una palabra desagradable o hiriente, guardas silencio y haces una postración. Has puesto una piedra. Después de lo cual te vas a decir a otro hermano: “Tal hermano me ha ultrajado, me ha dicho esto y esto. Y no solamente no le he replicado nada, sino que hasta le hice una postración”. Así, tú pusiste una piedra y sacaste dos. Uno puede hacer una postración con el deseo de ser alabado; la humildad estaría unida a la vanagloria. Es poner una piedra y quitarla. El que hace una postración con inteligencia, se persuade de haber cometido realmente una falta, está convencido de ser él mismo la causa del mal. Eso es hacer una postración inteligentemente.

Otro se da a la ascesis por vanagloria o imaginándose que practica la virtud: no obra con sabiduría. Por eso desprecia a su hermano, creyendo ser alguien. No sólo pone una piedra y saca dos, sino que al juzgar a otro, se arriesga a derribar el muro entero. El que se mortifica con sabiduría, no se tiene por virtuoso ni quiere ser alabado como asceta, sino que, por la mortificación espera obtener la templanza y por ella llegar a la humildad. En una palabra, se debe practicar cada acto virtuoso de modo que adquiera la virtud transformándola en hábito.

Entonces se es, como dijimos, un hábil constructor, capaz de construir sólidamente su casa.

⁸ *Geronticon*: de *gerón*, anciano. Recopilación de sentencias memorables o apotegmas de los monjes ancianos, llamada también “Palabras de los Padres”, “Vida de los Padres” o “Vida de Ancianos”, porque allí se cuentan relatos de hechos edificantes.

Cómo llegar a la perfección

El que quiera llegar con la ayuda de Dios a este estado de perfección, no debe decir: las virtudes son altas, yo no puedo alcanzarlas”; eso sería hablar como un hombre que no confía en la ayuda de Dios o que carece de diligencia para hacer el menor bien. Examinemos cualquier virtud, y veremos que depende de nosotros tener buen éxito si lo queremos. Dice la Escritura: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18). No mires lo alejado que estás de esta virtud, ni te pongas a temer y a decir: “¿cómo podría amar a mi prójimo como a mí mismo?, ¿Cómo podría preocuparme de sus penas como de las mías, sobre todo de aquellas que están escondidas en su corazón y que yo no veo ni conozco como las mías?”. No te entretengas en estos pensamientos ni imagines que la virtud sea sobremanera difícil. Comienza siempre por obrar, teniendo confianza en Dios. Muestra tu deseo y tu buena voluntad y verás los socorros que Él te prestará para que aciertes.

Una comparación: imagina dos escalas, una enderezada hacia el cielo y la otra descendiendo hacia el infierno. Y tú estás en la tierra entre las dos escalas. No vayas a decir: “¿cómo podría volar y encontrarme al momento en la cima de la escala?”. Eso no es posible, y Dios no te lo pide. Pero ten cuidado al menos de no descender: no hagas mal al prójimo, no lo hieras, no murmures de él, no lo ultrajes, no lo menosprecies. Luego haz un poco de bien reconfortando a tu hermano con una palabra, testimoniándole compasión, dándole alguna cosa de la que tiene necesidad. Y así, escalón por escalón, llegarás, con la ayuda de Dios, a la cima de la escala. Porque es a fuerza de ayudar a tu hermano como llegarás a querer su provecho y su progreso, y esto es “amar a tu prójimo como a ti mismo”. Si buscamos, encontraremos; y si preguntamos a Dios, Él nos iluminará. Porque el Señor dice en el Evangelio: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, golpead y se os abrirá” (Mt 7,7; Lc 11,9). Dice “pedid”: *pedir* es implorar por la oración. Buscar, es examinar cómo se llega a la virtud, a lo que la motiva en nosotros, a lo que debemos hacer para adquirirla. Hacer cada día este examen, realiza el “buscad y encontraréis”. *Golpear*, es cumplir los mandamientos, porque se golpea con las manos, y las manos significan la *praxis*⁹.

Por tanto, no solamente debemos preguntar, sino buscar y practicar, esforzándonos por estar, como dice el Apóstol: “prontos para toda obra buena” (2 Tm 3,17)... enteramente dispuestos a cumplir la voluntad de Dios con sabiduría, como Él lo quiere y según sus deseos.

El bien de la limosna

Se debe conocer el bien de la limosna y su virtud. La limosna es grande, tiene poder para borrar los pecados, según la palabra del Profeta: “El rescate del hombre es su propia riqueza” (Pr 13,8). Y también: “Por medio de tus limosnas, líbrate de tus pecados” (Dn 4,24). El mismo Señor ha dicho: “Sed misericordiosos como vuestro Padre del cielo es misericordioso” (Lc 6,36). Nunca dijo: “Sed pobres como vuestro Padre del cielo es pobre”, sino: “Sed misericordiosos como vuestro Padre del cielo es misericordioso”. Porque es especialmente esta virtud la que imita a Dios. Es preciso entonces, como lo hemos dicho, tener los ojos siempre fijos en este fin y hacer limosna con sabiduría. Existe, en efecto, una gran variedad de motivos en la práctica de la limosna. Este lo hace para que su campo sea bendecido, y Dios bendice su campo; aquel para que su barco se salve, y Dios salva su barco; otro a causa de sus niños, y Dios los protege; otro para ser honrado, y Dios le procura el honor. Dios a nadie rechaza y da a cada uno lo que quiere, con tal que no sea dañoso para su alma. Pero todos estos han recibido su recompensa y no se han reservado nada junto a Dios, pues el bien que se propusieron no fue el provecho del alma. ¿Has hecho la limosna para que tu campo sea bendecido? Dios lo ha bendecido. ¿Has hecho limosna a causa de tus niños? Dios los ha guardado. ¿Has hecho limosna para ser honrado? Dios te ha dado honor. ¿Qué te debe, entonces, el Señor? Te ha dado el salario por el cual has obrado.

Otro hace limosna para ser preservado del castigo futuro. Este la hace por su alma. Obra según Dios,

⁹ *Praxis*: en griego, la ascesis, es decir, todo lo que la vida espiritual comporta de activo y de laborioso, por oposición a la contemplación.

pero no como Dios lo quiere, porque permanece todavía en la condición servil; el esclavo, en efecto, no hace voluntariamente lo que quiere el amo, sino porque teme ser castigado. Así, obra para ser preservado del castigo y Dios lo preserva. Hace limosna por la recompensa, como el mercenario que sólo cumple la voluntad de su amo para ganar su salario. Esto es mejor, pero no obra como Dios quiere, pues no tiene aún la disposición del hijo... Porque el hijo nunca cumple la voluntad de su Padre por temor, ni con el deseo de recibir de él una remuneración, sino porque lo quiere servir, honrar y contentar. Y es con esas disposiciones como debemos hacer limosna: en vista del bien mismo, teniendo compasión los unos de los otros como de nuestros propios miembros, sirviéndoles como si les estuviésemos obligados, dando como si nosotros mismos recibiéramos. Tal es la limosna hecha con sabiduría, y es de este modo, decimos, como tendremos la actitud de hijos.

Perfección del amor y del temor

Dice san Basilio que hay tres estados en los que podemos agradar a Dios: o hacemos lo que agrada a Dios por temor del castigo y estamos en la condición de esclavos; o bien, por un salario cumplimos las órdenes recibidas en vista de nuestro propio provecho y así nos asemejamos a los mercenarios; o, finalmente, obramos el bien por el mismo, y estamos en la condición de hijos. Porque los hijos, cuando han llegado a la edad consciente, hacen la voluntad de su padre, no por temor de ser castigados, ni por obtener de él una recompensa, sino porque, amando a su padre, le prestan precisamente el afecto y el honor que le son debidos, con la convicción de que todos los bienes paternos les pertenecen. Quien obra así merece que se le diga: “No eres ya esclavo sino hijo y heredero de Dios por Cristo” (*Ga 4,7*).

Pero el profeta dice en el salmo: “Todos sus santos temed al Señor” (*Sal 33,10*). Entonces, si los santos que aman al Señor también le temen, ¿cómo puede decir san Juan: “El amor excluye el temor” (*1 Jn 4,18*)? Quiso mostrarnos que hay dos temores: uno inicial y otro perfecto; el primero, podemos decir que es el de los principiantes en la vida espiritual; el otro, es el de los santos llegados a la perfección y a la cumbre del santo amor. El que, por ejemplo, hace la voluntad de Dios por temor a los castigos es todavía un principiante, no hace el bien por el bien mismo, sino por temor a los golpes. Otro cumple la voluntad de Dios porque ama a Dios mismo y desea especialmente serle agradable. Ese sabe lo que es el bien, conoce lo que es estar con Dios. Ese tiene el amor verdadero, “el amor perfecto”, como dice san Juan, y este amor lo lleva al temor perfecto. Porque teme y guarda la voluntad de Dios, no a causa de los golpes, ni para evitar el castigo, sino porque habiendo gustado la dulzura de estar con Dios, tiene miedo de ser privado de ello. Este temor perfecto, nacido de tal amor, echa fuera el temor inicial.

Por eso san Juan dijo que “el amor perfecto excluye el temor”. Los santos no obran por temor, pero temen por amor.

En eso consiste el temor perfecto, pero es imposible llegar a él sin haber tenido primero el temor inicial. Porque está escrito: “Primicia de la sabiduría es el temor del Señor” (*Sal 110,10*), y también: “El comienzo y el fin es el temor del Señor” (*Pr 1,7*). La Escritura llama “comienzo” al temor inicial, al que sucede el temor perfecto, el de los santos. El temor inicial es el nuestro. Como un esmalte (sobre el metal), guarda al alma de todo mal, según lo que está escrito: “Por el temor del Señor, todo hombre se convierte del mal” (*Pr 15,27*). El que se aparta del mal por temor del castigo, como el esclavo que teme a su amo, haciendo progresivamente el bien, comienza poco a poco a esperar una retribución de sus buenas obras, como el mercenario. Y si continúa huyendo del mal por temor, como el esclavo, y haciendo el bien con la esperanza de ganar como el mercenario, perseverando así en la virtud con el socorro de Dios y adhiriéndose a Él paulatinamente, termina por gustar el verdadero bien por haber tenido de él una cierta experiencia y ya no quiere separarse del bien. ¿Qué podría separarlo en adelante del amor de Cristo, como dice el Apóstol (cf. *Rm 8,35*)? Y, ¿quién más feliz que el alma que ha llegado a este estado? Ella está entonces en la condición de hija, como lo hemos dicho a menudo. Así, verdaderamente “felices los artífices de la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (*Mt 5,9*). ¿Quién podrá decir todavía de esta alma que ella obra el bien por otro motivo que no sea el gozo del bien mismo? ¿Quién conoce esta alegría sino el que la ha experimentado?

VI. El ideal cristiano en la vida monástica

El renunciamiento total al mundo

Sabiendo esto, todos los santos se empeñaron en unirse a Dios por una vida humilde. Porque hubo amigos de Dios que después del santo bautismo, no sólo renunciaron a los actos de las pasiones, sino que quisieron vencer las pasiones mismas y volverse impasibles: tal san Antonio, Pacomio y los otros Padres *theóforos*¹⁰. Aspirando a purificarse “de toda mancha de la carne y del espíritu”, como dice el Apóstol (2 Co 7,8), sabiendo que por la guarda de los mandamientos el alma se purifica, y que el espíritu, purificado también, por así decir, recobra la vista y retorna a su estado de naturaleza -¿acaso no está escrito: “La norma del Señor es límpida y da luz a los ojos”? (Sal 18,9)-, los Padres comprendieron que en el mundo no podrían llegar fácilmente a la virtud. Entonces concibieron para sí mismos una existencia aparte, una conducta especial, quiero decir la vida monástica, y comenzaron a huir del mundo para habitar en los desiertos y vivir en ayunos, restricciones de sueño y otras mortificaciones, en un renunciamiento total a la patria, a los parientes, a las riquezas y a los bienes. En una palabra, crucificaron el mundo respecto de sí mismos y no solamente guardaron los mandamientos sino que ofrecieron regalos a Dios. He aquí como: los mandamientos de Cristo han sido dados a todos los cristianos y todo cristiano está obligado a observarlos. Podríamos decir que son los impuestos debidos a un rey. Aquel que rehúsa pagar el impuesto al rey. ¿podrá acaso escapar del castigo? Hay en el mundo grandes e ilustres personajes que, no contentos con pagar los impuestos al rey, también le hacen regalos y con ello merecen mucho honor, favores y dignidades. Es así que los Padres, no contentos con guardar los mandamientos, ofrecieron regalos a Dios; esos regalos son la virginidad y la pobreza. No se trata de mandamientos sino de regalos. En ninguna parte está escrito: “No te casarás, no tendrás hijos”. Cristo no ha dado un mandamiento cuando dijo: “Vende lo que tienes”. Por cierto que cuando el doctor de la Ley lo aborda diciéndole: “Maestro, ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?”, respondió: “Conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio contra tu prójimo, etc.”. Pero su interlocutor le dijo que había observado todo eso desde su juventud, y Cristo agrega: “Si quieres ser perfecto, vende lo que posees, dalo a los pobres, etc.” (Mt 19,16-21; cf. Mc 10,17-20). Véis que no ha dicho “vende lo que posees” como si fuera una orden, sino como un consejo. Porque decir “si quieres”, no es mandar sino aconsejar.

Decíamos entonces que los Padres ofrecieron a Dios como regalos, además de otras virtudes, la virginidad y la pobreza, y es así, como ya hemos dicho, que crucificaron el mundo para sí mismos luchando al mismo tiempo a fin de ser también crucificados para el mundo, según la palabra del Apóstol: “El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Ga 6,14). ¿Cuál es entonces la diferencia? El mundo está crucificado para el hombre, cuando éste renuncia al mundo para vivir en soledad, y abandona parientes, riquezas, bienes, ocupaciones, negocios: entonces el mundo está crucificado para él, ya que lo ha abandonado. Es lo que dice el Apóstol: “El mundo está crucificado para mí”. Luego agrega: “Y yo para el mundo”. ¿Cuándo está el hombre crucificado para el mundo? Cuando después de haber dejado las cosas exteriores, hace la guerra a los placeres y a las concupiscencias de las cosas como también a su voluntad propia, y mortifica sus pasiones, entonces él mismo está crucificado para el mundo y puede decir con el Apóstol: “El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo”... Es preciso saber bien qué cosa sea ese renunciamiento, por qué hemos venido al monasterio y también cuál es el hábito que tomamos, a fin de conformarnos con él y luchar a ejemplo de nuestros Padres.

Significado del hábito monástico

El hábito que llevamos se compone de una túnica sin mangas, un cinturón de cuero, un escapulario y un capuchón. Pero estos son símbolos y debemos saber lo que significan para nosotros.

¹⁰ *Theophoros*: lleno de Dios, hombre de Dios.

¿Por qué llevamos una túnica sin mangas? ¿Por qué no tenemos mangas cuando todos los demás las usan? Las mangas simbolizan las manos y las manos significan la praxis. Así cuando nos viene el pensamiento de realizar con las manos cualquier obra propia del hombre viejo, por ejemplo robar, golpear o cometer cualquier otro pecado con las manos, debemos estar atentos a nuestro hábito y reconocer que no tenemos mangas, es decir, que carecemos de manos para realizar lo que es privativo del hombre viejo.

Además nuestra túnica tiene una marca de color púrpura. ¿Qué significa esta marca? Todos los soldados al servicio del rey tienen púrpura en sus capas. El rey, en efecto, se viste de púrpura y todos sus soldados llevan púrpura en sus capas, es decir, insignia real, para mostrar que pertenecen al rey y por él guerrear. También nosotros llevamos la marca purpúrea en nuestra túnica para mostrar que somos soldados de Cristo y que debemos soportar todos los sufrimientos que El ha padecido por nosotros. Porque durante su Pasión, nuestro Maestro llevó el manto de púrpura (cf. *Jn* 19,2). Al llevar la señal de púrpura, hacemos profesión de soportar todos sus sufrimientos. Y del mismo modo que los soldados no dejan su servicio para hacerse cultivadores o comerciantes -lo que sería decaer de su oficio, porque según el Apóstol “ningún soldado se mezcla en tareas de orden civil si quiere satisfacer al que lo ha enrolado” (2 *Tm* 2,4)-, así debemos luchar también nosotros para no preocuparnos por las cosas de este mundo y estar libres para Dios solo, asiduamente y sin distracción, como está dicho de las vírgenes (cf. *1 Co* 7,34-35).

También tenemos un cinturón. ¿Por qué lo llevamos? El cinturón que usamos es primeramente el signo de que estamos prontos para los trabajos. En efecto, el que quiere trabajar comienza por ceñirse, luego pone manos a la obra según la palabra: “Tened los lomos ceñidos” (*Lc* 12,35). Por otra parte, el cinturón, hecho con una piel muerta, muestra que debernos mortificar nuestro amor al placer. Se coloca en la cintura, que es donde se encuentran los riñones, en los cuales reside el poder concupiscible del alma. Eso es lo que dice el Apóstol: “Mortificad vuestros miembros terrestres, fornicación, impureza” (*Col* 3, 5), etc.

También tenemos un escapulario. Se coloca sobre la espalda a manera de cruz, es decir, que llevamos sobre nuestras espaldas el símbolo de la cruz, según la palabra: “Toma tu cruz y sígueme” (cf. *Mt* 16,24). ¿Y qué es esta cruz, sino la muerte perfecta que realiza en nosotros la fe en Cristo?

También llevamos un capuchón, que simboliza la humildad. Porque los niños que son inocentes, llevan capuchones, pero el hombre adulto no los usa. Entonces si los llevamos es para ser como los niños en cuanto a la malicia, según la palabra del Apóstol: “No seáis como niños en el juicio, sino en cuanto a la malicia” (*1 Co* 14,20).

El capuchón es también un símbolo de la gracia de Dios, Lo mismo que el capuchón protege y entibia la cabeza del niño, así la gracia divina protege nuestro espíritu, como lo dice el *Geronticon*: “El capuchón es un símbolo de la gracia de Dios Nuestro Salvador, que protege la parte superior del alma y rodea de cuidados nuestra infancia en Cristo, a causa de aquellos que se esfuerzan siempre por golpear y herir”.

Así llevamos en la cintura el cinturón que significa la mortificación del apetito irracional. Sobre los hombros llevamos el escapulario que es una cruz, y también un capuchón que es símbolo de la inocencia y de la infancia en Cristo: “Vivamos entonces conforme a nuestro hábito, como dicen los Padres, para no llevar un hábito que nos sea extraño”. Hemos abandonado las cosas grandes, abandonemos también las pequeñas. Hemos dejado el mundo, dejemos también su amistad, porque, como he dicho, por cosas ínfimas y miserables que no merecen ningún interés nos atamos todavía al mundo y a nuestra ignorancia.

Cercenar la voluntad propia

Si queremos ser perfectamente libres aprendamos a cercenar nuestras voluntades, y así, progresando poco a poco, con la ayuda de Dios, llegaremos al desprendimiento. Porque nada hay de más provecho

para el hombre que decir, más allá de toda virtud. Como el viajero que encuentra un atajo y tomándolo gana así una buena parte de la ruta, tal es aquel que marcha por este camino del cercenamiento de la voluntad, porque de allí se obtiene desapego y del desapego se llega, con la ayuda de Dios, a una perfecta *apatheia*¹¹.

Según esto, es posible, en un corto espacio de tiempo, cercenar diez voluntades. De esta manera: un hermano da una vuelta y percibe alguna cosa. Un pensamiento le sugiere. “Mira allá”. Pero él responde: “No, yo no miro”. Cercena su voluntad y no mira. A continuación encuentra hermanos en actitud de conversar. Un pensamiento le sugiere: “Di tú también tu palabra”. Cercena su voluntad y no habla. Entonces surge otro pensamiento: “Ve a preguntarle al cocinero qué cosa está preparando”. No va, cercena su voluntad. Ve por casualidad un objeto, se le ocurre preguntar quién lo ha traído. Cercena su voluntad y no pregunta. Así, por estos cercenamientos repetidos, adquiere un hábito, y, después, de las cosas pequeñas pasa a cercenar fácilmente aún las grandes. De esta suerte llega por fin a no tener voluntad propia. Le contenta lo que le sucede, como si viniera de él. Y como no quiere ya hacer su voluntad, la realiza siempre. Porque todo lo que le sucede y no depende de él, le conviene. Se encuentra así sin apegos, y de este desapego, como lo he dicho, llega a la *apatheia*.

Soledad en la celda y relaciones fraternas

Dicen los Padres que permanecer en la celda es una mitad, e ir a ver a los ancianos es la otra mitad. Esto significa que en la celda como fuera de ella, es necesario observar la misma vigilancia y saber por qué se debe guardar la soledad y por qué también se debe ir a ver a los Padres y a los hermanos. Si el monje está atento a este fin, obrará como dicen los Padres. Cuando está en la celda ora, medita, hace un trabajo manual y vigila sus pensamientos tanto cuanto puede. Cuando va de visita, reflexiona y se da cuenta de su estado: ve si gana o no en el encuentro fraterno, y si es capaz de regresar a su celda sin haber sufrido daño. Si ve que ha caído, reconoce sus debilidades y constata que todavía no ha adquirido nada en la soledad. Entra humillado en la celda, llora, hace penitencia, invoca a Dios por su debilidad y permanece vigilante sobre sí mismo. Después de lo cual vuelve a los hombres y mira si cae en las mismas faltas o en otras; después retorna a su celda, entregándose nuevamente a la penitencia, a las lágrimas, e implora a Dios por su estado. Porque la celda eleva, mas los hombres ponen a prueba. Por eso los Padres tienen razón en decir que permanecer en la celda es una mitad y visitar a los ancianos es la otra mitad.

Cuando vais de visita, debéis saber por qué motivo dejáis vuestras celdas y nunca salir inconsideradamente. Porque, según los Padres, “el que circula sin meta, pierde sus afanes”. El que emprende una cosa, debe, absolutamente, saber el motivo por el cual obra. ¿Qué finalidad debemos tener los que mutuamente nos visitamos? Primero la caridad, porque se dijo: “Ves a tu hermano, ves al Señor tu Dios”. Luego el oír la palabra de Dios. Por que, en efecto, es cierto que la palabra es más viva en la asamblea: a menudo lo que uno no sabe otro lo pregunta. Por último, el conocimiento de su estado. Supongamos por ejemplo que vamos a comer con otros. Cuando se presenta un plato excelente y apetitoso, observamos y vemos si somos capaces de contenernos y no tomarlo, o si no buscamos otra cosa que tomar más que nuestro hermano, aprovechándonos. Si el alimento es servido en porciones, ¿no tomamos la más grande dejando la pequeña a nuestro hermano? Porque hay quien no se sonroja de extender la mano para colocar la pequeña delante del hermano y la grande delante de sí. ¿Qué diferencia hay entre la grande y la pequeña? ¿Qué hay de tan considerable entre las dos para que uno se deje arrastrar al pecado, rivalizando con su hermano en cosas tan fútiles? También observamos si podemos abstenernos de comer demasiado. Estando ante platos variados, como sucede a menudo, ¿nos hartamos hasta la saciedad? ¿Nos guardamos de la *parrhesia*¹². ¿Sufrimos cuando nuestro hermano es más estimado y mejor tratado? Si vemos un hermano que se disipa con otro, que charla mucho o que afloja en un punto cualquiera, ¿no lo miramos atentamente, no lo juzgamos? Antes bien, miremos al hermano más fervoroso, esforzándonos por hacer lo que se dice del abad Antonio: recogía y guardaba el bien que veía en cada uno de los que visitaba, de éste, la mansedumbre; de aquél, la humildad; del

¹¹ *Apatheia*: impasibilidad, entendida no en el sentido estoico de extinción total de las pasiones, sino como el dominio del alma sobre todas las tendencias inferiores.

¹² *Parrhesia*: en sentido peyorativo, dejarse ir en el lenguaje, las actitudes y los gestos.

otro, el amor a la soledad; y así llegaba a alcanzar la virtud de cada uno. También nosotros debemos hacer lo mismo y por eso nos visitamos unos a otros. De regreso a nuestras celdas, es necesario que nos examinemos para ver en qué aprovechamos y en qué hemos caído. En aquello que constatamos haber sido preservados, demos gracias a Dios, pues por su protección no hemos sufrido detrimento. Pero hagamos penitencia por nuestras faltas, lloremos y deploremos nuestro estado.

El ideal del superior

Si eres tú el prepósito¹³ cuida a los hermanos con un corazón severo y con entrañas de misericordia, enséñales por tus obras y tus palabras lo que deben practicar, pero sobre todo por tus obras, porque los ejemplos son mucho más eficaces. Sé su modelo también en los trabajos corporales, si puedes, pero si eres débil sé su modelo por el buen estado de tu alma y los frutos del Espíritu enumerados por el Apóstol: caridad, alegría, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (cf. *Ga* 5,22-23). No te irrites sobremanera por las faltas que se produzcan, pero muestra sin turbarte el mal que de allí resulta, y si es necesario hacer reproches, toma la actitud que conviene esperando el momento oportuno. No seas prolijo observador de las faltas pequeñas, tal como un juez riguroso: no hagas continuas reprimendas porque es cosa insoportable y la rutina conduce a la insensibilidad y al menosprecio. No des órdenes imperiosamente, pero propón humildemente la cosa al hermano: esta manera de obrar es estimulante, es más persuasiva y procura la paz al prójimo,

Si un hermano te resiste y te turba en ese momento, guarda tu lengua para no hablar con cólera, y no dejes que tu corazón se excite contra él. Acuérdate que es un hermano, un miembro de Cristo y una imagen de Dios amenazada por nuestro enemigo común. Ten piedad de ella por temor de que el diablo se aproveche del estallido de tu ira y la condene a muerte por rencor; mira que no perezca por culpa de nuestra negligencia un alma por la que Cristo murió (cf. *I Co* 8,11). Acuérdate que también tú estás sometido al mismo juicio de la cólera. Que tu propia debilidad te haga compasivo con tu hermano. Da gracias de encontrar una ocasión de perdonar, a fin de que, tú también, obtengas el perdón por faltas más grandes y numerosas. Porque está escrito: “Perdona y se te perdonará” (*Lc* 6,37). ¿Crees que dañarás a tu hermano con tu paciencia? Sin embargo, el Apóstol ordena vencer el mal por el bien (*Rm* 12,21), y no el mal por el mal. Por su parte los Padres dicen: “Si, reprochando a otro, la cólera te turba, sacias tu propia pasión”, y ningún hombre sensato demuele su casa para construir la del vecino.

Si persiste tu turbación, haz violencia a tu corazón, y ora en estos términos: “Oh Dios bueno que amas las almas y que en tu inefable bondad nos has traído de la nada al ser para hacernos partícipes de tus bienes, y que por la Sangre de tu Hijo único nuestro Salvador, nos has llamado a cuantos nos apartamos de tus mandamientos, asiste ahora a nuestra debilidad e impone silencio a la turbación de nuestro corazón, como en otro tiempo al mar desenfrenado, para que no seas privado en un instante de tus dos hijos, muertos por el pecado, y no tengas que decirnos: ‘¿Qué ganaste con mi muerte, con que yo bajase a la fosa?’ (*Sal* 29,10) y ‘En verdad os digo, no os conozco’ (*Mt* 25,13), porque nuestras lámparas se habían extinguido, faltas de aceite”. Apaciguado el corazón por esta plegaria, ya puedes, con prudencia y humildad, “reprender, exhortar, amenazar” (*2 Tm* 4,2), según el precepto del Apóstol, y cuidar con compasión y enderezar a tu hermano, como a un miembro enfermo. Entonces, el hermano por su parte recibirá la corrección con toda confianza, condenando él mismo su dureza. Por tu propia paz habrás pacificado su corazón. Que nadie entonces te aleje de la santa doctrina de Cristo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (*Mt* 11,29). Porque sobre todo es preciso guardar un estado apacible, de modo que el corazón no se turbe jamás, ni aun por motivos justos o a propósito de un mandamiento con la convicción de que los cumplimos todos en vista de la caridad y la pureza de corazón. Si tratas así a tu hermano, oirás la voz (divina) que te dirá: ‘Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca’ (*Jr* 15,19).

El ideal del discípulo

¹³ *Prepósito*: en griego *épistatés*, en un monasterio cenobítico se trata del monje a quien el *higumeno* delega una parte de su actividad sobre una fracción de la comunidad.

En cuanto a ti que estás bajo obediencia, no te fíes jamás de tu corazón, porque las antiguas pasiones lo han vuelto ciego. Guárdate de seguir tu juicio propio en cosa alguna y nada decidas tú solo sin pedir consejo. No imagines ni creas que tus pensamientos son más razonables y acertados que los de tu director, no te constituyas censor de sus acciones, un censor frecuentemente engañado. Porque eso es una astucia del Malo para obstaculizar la confiada sumisión en todo y la salvación que con toda seguridad ella procura. Reposa en esta sumisión y seguirás sin peligro ni error el camino de los Padres. Hazte violencia en todas las cosas y cercena tu voluntad. Cuando hayas adquirido este hábito, con la gracia de Cristo, obrarás conforme a él sin esfuerzo y sin trabajo. Así todo ocurrirá según tu deseo, porque no querrás ya que las cosas sean tal como las deseas, sino que las querrás tal como ellas son y de este modo estarás en paz con todos. Así sucederá por lo menos en las cosas que no impliquen violación de un mandamiento de Dios o de los Padres. Lucha por aprender a criticarte en todo, y ten firmemente al *apsephiston*¹⁴ con ciencia. Cree que, en todo lo que nos concierne, hasta los mínimos detalles son ordenados o permitidos por la Providencia de Dios, y así soportarás sin turbarte cuanto te suceda. Cree que los menosprecios y los ultrajes son remedios para el orgullo de tu alma, y ora por quienes te maltratan, como que hacen las veces de verdaderos médicos. Persuádete que quien odia la humillación odia la humildad, y quien huye de las personas irritantes huye de la mansedumbre. Nunca busques conocer los defectos de tu prójimo, ni acojas sospechas contra él. Si nuestra malicia las hace nacer, empeñate en transformarlas en buenos pensamientos. Da gracias a Dios por todo y conserva la bondad y la santa caridad.

Santa María, Madre de la Iglesia, Uruguay

¹⁴ *Apsephiston*: estado de alma de aquel que ha llegado a tal humildad que no espera que los otros le presten ninguna atención ni se tiene a sí mismo la menor consideración.